

El cepo cambiario

LA DEONSA - 17-7-94

Por Eduardo Conesa

La reciente Marcha Federal sobre plaza de Mayo, liderada por miles y miles de trabajadores y pequeños productores del interior que concurrieron a manifestar su protesta contra la política económica, tiene una clara explicación en el terreno de la macroeconomía. En efecto, el tipo de cambio real de un peso igual a un dólar vigente en la actualidad contrasta agudamente con el tipo de cambio real histórico de nuestra economía que, para los últimos 33 años, es decir desde 1960 hasta 1993, arroja un promedio de alrededor de 2,5 pesos por dólar. El tipo de cambio bajo es equivalente al establecimiento de una retención generalizada sobre las exportaciones del 60%: la más alta de la historia argentina. Esta retención implícita aplasta los precios de los bienes exportables que producen las economías regionales.

Ante la reducción de sus precios causada por el tipo de cambio bajo, los productores frutícolas de Mendoza, San Juan, Río Negro y Neuquén ven reducidos artificialmente sus ingresos. Lo mismo pasa con los productores de tabaco, azúcar, porotos y soja de Tucumán, Salta y Jujuy. Lo propio ocurre con la producción lanera de la Patagonia. También los pequeños y medianos agricultores de las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe se ven afectados por esta política cambiaria. Sus ingresos no cubren sus costos y por lo tanto deben reducir sus gastos en personal. Esto provoca despidos y desocupación en masa. La sobrevaluación del peso crea un ejército de desocupados en el interior y fue ese ejército el que avanzó sobre Buenos Aires el 6 de julio de 1994. Para paliar la desocupación, los gobernadores del interior se ven forzados a aumentar el empleo público improductivo, y esto a su vez desequilibra las finanzas provinciales y a la larga, a las propias finanzas nacionales.

La situación de la industria nacional, especialmente la de las empresas medianas y pequeñas del interior del país no amparada por regímenes especiales, es igualmente comprometida: no pueden competir con los productos importados que gozan de un subsidio del 60% brindado por el mismo dólar barato. Se ven forzadas también a despedir personal para bajar costos. Algunas han recurrido al fácil expediente de reemplazar insumos nacionales y trabajo nacional por insumos importados en su proceso productivo. Esto permite a las autoridades decir que ha aumentado el valor bruto de la producción industrial, aunque haya disminuido el

valor agregado nacional en la industria.

Naturalmente, esta política es inviable en el mediano y largo plazo porque la explosión de las importaciones de partes e insumos industriales que ella implica, desequilibra la balanza de pagos y compromete nuestra capacidad de crédito externo ya colmada. Lo cierto es que en el ámbito interno, el ejército de los desempleados que genera el cepo cambiario crece sin cesar y ha sobrepasado la potencial creación de empleos en el sector servicios de la economía, sector que no exporta ni compete internacionalmente y por lo tanto la pasa bastante bien, por ahora.

¿Unidad nacional? ¿Qué tiene que ver ésta con la sobrevaluación cambiaria y la desolación del interior? Muchísimo que ver. Colóquese el lector en los zapatos de un productor de Mendoza que, por ejemplo, es dueño de una granja productora de frutas, o de un viñedo de 10 hectáreas. Ese establecimiento, por estar localizado en la Argentina, el país de la sobrevaluación cambiaria, no es rentable y por lo tanto vale poco. Digamos, que tiene un valor de cincuenta mil dólares. Esas diez hectáreas, localizadas del otro lado de la cordillera valen, sin embargo, un millón de dólares, porque Chile tiene el tipo de cambio real muy devaluado que estimula la exportación, y por lo tanto esos viñedos arrojan excelentes ganancias para sus dueños. La calidad de la tierra es la misma. El sol cordillerano es el mismo. Nuestros agricultores son tan capaces, o mejores todavía que nuestros hermanos chilenos. Pero ante la persistencia del cepo cambiario, lamentablemente nuestros productores comenzarán a pensar: "si estuviéramos bajo la jurisdicción de Santiago seríamos millonarios. Por estar bajo la férula de Buenos Aires y el plan Cavallo que dio sus expaldas al interior, somos pobres como ratas". Para exacerbar el dilema, ahora Chile entrará al Nafta y se integrará con Estados Unidos, Canadá y México. De esta manera Chile, país que tiene una excelente política económica, consolidará sus mercados externos y ello aumentará más aún el valor de sus establecimientos y, paralelamente, el costo de oportunidad para el interior argentino de estar sujeto al cepo cambiario de la convertibilidad. Cuidado presidente Menem: el plan Cavallo provocará, si usted no lo rectifica a tiempo, no sólo la destrucción del sector transable de nuestra economía, sino también la desintegración nacional.